



CAPÍTULO XIII.

UNA MUJER ENTREGADA Á LOS MÓNSTRUOS.

HSTEFANÍA, dando á su voz toda la dulzura de que era susceptible, habló á Sotomayor de esta manera:

—Era yo muy niña: no cumplía aún los catorce años, cuando mi familia me casó con un hombre odioso, á cuyo lado fui, ignorando todo lo que debía saber para librarme de los males que desde ese momento me amenazaban.

El hombre con quien me casaron tenía cincuenta años.

—¡Qué barbaridad! exclamó Sotomayor, y ese hombre....

—Ese hombre era atroz: á los dos días de casada la dió de celoso, y comenzó la historia de mis sufrimientos: se dedicó á cuidarme, á vigilar todos mis pasos con una pertinacia desesperante. Yo no tenía á quien quejarme; mi familia me había abandonado á mi suerte, porque ¿lo creerá usted? siempre le concedió la razón á mi marido; y como este hombre, por desgracia, era rico, mi familia creyó que no podía aspirar á otra felicidad sobre la tierra que á la de las comodidades y el lujo.

Exacerbados más y más los celos de mi marido, recurrió, para aturdirse, al recurso de la embriaguez; y entonces mis sufrimientos no conocieron límites; era aquel hombre una fiera, un energúmeno, y llegó hasta maltratarme.

—¡Es posible! exclamó Sotomayor, que había estado escuchando con interés creciente.

—Vea usted, dijo Estefanía, vea usted esta cicatriz.

—¡Qué es eso!

—Esta es la señal de una herida.

—¿Una herida?

—Sí; me arrojó con un vaso á la cara; yo caí bañada en sangre, y aquel mónstruo, lejos de socorrerme, se salió á la calle.

No sé cuánto tiempo permanecí sin sentido; pero me encontré repentinamente en poder de mis criados que me auxiliaban.

Estefanía pareció estar profundamente conmovida, y hubo una pequeña pausa durante la cual, Sotomayor pensó:

—La historia de todas las mujeres desgraciadas que conozco, empieza así: «me casaron cuando aún no tenía yo quince años.»

—¿Y qué hizo usted después, señora? preguntó Sotomayor, ya reforzado con la dosis necesaria de conmiseración.

—Qué había de hacer, contestó Estefanía; yo era una niña, no tenía ninguna experiencia y procuré tomar consejo.

—¿Y de quién se valió usted?

—Una de las criadas de mi casa, me había cobrado mucho cariño; acudí á ella y me consoló diciéndome que conocía á un abogado, que en un abrir y cerrar de ojos me separaría de mi marido.

Renació en mí con esto la esperanza, y cautelosamente y de acuerdo con aquella mujer, dispuse un día ver al abogado. Me dejé conducir en un coche, y después de algún tiempo de andar empecé á sospechar que estaba siendo víctima de una celada: así fué efectivamente: el abogado no era otro que un hombre que se había enamorado de mí y que empleaba aquel medio para perderme.

¡Ay señor Sotomayor! no puede usted tener una idea de lo que mi suerte me tenía reservado: no hice más que cambiar de tirano; y si bien es cierto que este hombre hizo por mí todo género de sacrificios, hasta arruinarse, también lo es que me hizo sufrir horriblemente.

—¿También era celoso?

—También; y había más, los celos lo condujeron á la embriaguez y después.... á todo género de crímenes. Yo era una mártir, siempre resignada; siempre triste, siempre encerrada como una criminal.

—¡Pobre de usted! dijo Sotomayor, y ¿mucho tiempo....

—Dos años, durante los cuales pude hacer algunos ahorros y un día desaparecí de México.

—Y á dónde fué usted á dar?

—A Guadalajara; pero con el alma partida.

—¿Porqué? al verse libre....

—Tuve que abandonar á mi hija.

—Había usted tenido alguna hija?

—Dos: una de mi marido y otra....

—¿Son por ventura las niñas cuyas voces se percibían hace poco desde aquí?

—No, señor: esa es otra historia.

—¡Ah!

—He tenido como cinco hijos.

—¿Cinco?

—Sí, señor.

—No lo parece, dijo Sotomayor fingien-

do sorprenderse, y mezclando á la vez esta galantería de estampilla, que le pareció muy adecuada á las circunstancias.

—Viví en Guadalajara diez y siete meses.

—¿Sola?

—No señor... acompañada: allí tuve la desgracia de conocer á Abelardo.

—¿Abelardo?

—Sí, señor; el teniente coronel de auxiliares...

—¿Con que la desgracia, decía usted?

—Sí, señor, ese fué otro mónstruo.

—Y van tres mónstruos pensó Sotomayor y luego agregó:—Pues usted, señora, está predestinada...

—Sí, señor, á padecer eternamente.

—¿Pero supongo que ahora con Pancho...

—Pancho es muy bueno, no tengo de qué quejarme.

—¡Ah! era justo.

—Pero en cambio...

—¿En cambio qué?

—Me veo hoy metida en ciertos asuntos, que sea por Dios...

—Conque...

—Sí, señor; Pancho ha tenido malos amigos; él no era así, tiene un corazón de paloma; pero qué quiere usted, dió su palabra y... una vez en ello, no tiene el pobre más remedio que arrostrar con las consecuencias.

—Es cierto.

—En vano son mis consejos y mis súplicas; muchas veces le he dicho que con lo que tenemos podemos ver en qué la buscamos de una manera que no se exponga.

—¿Y qué le contesta á usted?

—Dice que ésta es una compañía de personas muy influyentes, que es un negocio muy bien organizado y que lleva muchos años de existencia, sin que hasta ahora haya tenido que lamentarse una desgracia.

—Efectivamente, dijo Sotomayor, Pancho no puede menos que ser un hombre profundamente reservado y capaz de guardar un secreto, supuesto que había podido ocultarme por tanto tiempo que existiese usted en el mundo.

—A mí, contestó Estefanía, no me había ocultado la existencia de usted; yo lo conozco á usted hace mucho tiempo y estoy impuesta de que usted también pertenece...

—¡Silencio Estefanía! que las paredes oyen.

—Á este punto quería yo venir á parar, y ahora ya puedo recomendar á usted los negocios de que le he hablado, pues, como comprenderá usted, se relacionan íntimamente con lo que usted sabe.

—Por mi parte no necesito probar á usted que los negocios de Pancho son los míos; y que si antes los desempeñaba con la eficacia que merecen por ser de un buen amigo como Pancho, hoy que tengo el placer de que usted sea quien los recomiende, cada palabra de usted es para mí un mandato.

—Gracias.

Y dígame usted, agregó Sotomayor ¿las niñas cuyas voces he oído hace poco, al través de esa puerta...

Sotomayor hizo una pausa esperando que

Estefanía completara la frase; pero viendo que guardaba silencio agregó:

—¿Esas niñas son hijas de.... de su primer marido de usted?

—No, señor.

—¿Del segundo?

—No, señor.

—De....

—De José María Gómez.

—¡De Gómez! exclamó Sotomayor.

—¿Le conoce usted?

—¡A Gómez! mucho ¿conque son de José María Gómez?

—Sí, señor: tengo esa otra desgracia.

—¿Entonces Gómez fué el que....

—¿Él indujo á Pancho... bien es que Pancho no hace más que arreglar ciertos asuntos, llevar las cuentas de la compañía y mover ciertas teclas misteriosas, para el mejor acierto de los planes.

—Pero en fin, Gómez podrá venir de un momento á otro, y como tiene derechos.

—Gómez no vendrá.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿No?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Lo conoce la policía, no estaría un día libre.

—Peno con esa inseguridad....

—Vamos, señor Sotomayor, usted finje ignorar que esta compañía está sabiamente organizada, y que, entre sus medios secretos de acción, tiene como un deber el de hacer conocer de la policía y de la justicia á algunos de sus miembros.

—¿Oiga?

—La razón es muy sencilla: tanto la policía como la justicia, necesitan víctimas; pues bien la compañía se las ministra.

—La misma compañía?

—Si, señor, en ciertas sesiones se acuerda, por ejemplo, comprometer á un socio ante la justicia.

—No comprendo el objeto.

—Finge usted no comprenderlo.

—Le doy á usted mi palabra.

—Es que usted pertenece....

—Sí, es cierto pero de cierto modo.

—Ya lo comprendo, es usted supernumerario.

—Tal vez.

—Pues entre los socios de número que son once se discute esta materia importante: ¿Quién será la víctima para que ella sea la que reciba el golpe? entonces, se señala generalmente al mas malo, y del que ya sin embozo pueda decirse que no tiene nada que perder.

—¿Y le tocó á Gómez?

—Sí.... Pancho quiso alejarlo de México, y colocarle en posición comprometida á fin de que no pretenda presentarse.

—Ya comprendo.

—Pues bien, ya verá usted que el padre de estas niñas no vendrá; estoy muy bien segura.

Sotomayor se quedó profundamente pensativo, porque comprendió que merced á ciertas condescendencias con su amigo Pan-

cho, se había ya inodado en asuntos de cierto género, y que, merced á haberse fingido socio de aquella compañía tenebrosa, acababa de saber cosas que debían importarle mucho para el porvenir; y supuesto que aquello no tenía remedio, no había que retroceder en el risueño proyecto de galantear á Estefanía.

De manera que, á partir de aquel momento, lo que había pasado por las mientes de Sotomayor, solamente en virtud de la hermosura de Estefanía como una simple galantería, ahora estaba convirtiéndose en un verdadero deseo.

Por otra parte Estefanía había tenido ocasión de desplegar más de una coquetería con su nuevo amigo; y si hemos de decirlo de una vez, no le había caído tan mal Sotomayor, que esta mujer, tan dulce y todo como era, no hubiese sonreído á la idea de una nueva infidelidad.

Hechas, pues, las amistades, Sotomayor al cabo de cuatro horas de visita, se despidió de Estefanía y salió de la casa, armando

gran escándalo entre los pacíficos vecinos que oyeron abrir el zaguán á deshoras, aunque tal servicio hubiese sido ampliamente remunerado por Sotomayor.

